

Arnold J.
Toynbee

BIBLIOTECA PERSONAL

JORGE ANQUIAR

Estudio de la Historia (I)

Obras Maestrās del
Pensamiento Contemporāneo

Origen/Planeta

42021

IV. EL PROBLEMA Y CÓMO NO RESOLVERLO

1. *Planteo del problema*

Tan pronto como abordamos el problema de por qué y cómo han surgido las sociedades en proceso de civilización, comprendemos que nuestra lista de veintiuna sociedades de este género se divide, en lo que se refiere a este problema, en dos grupos. Quince de nuestras sociedades son hijas de predecesoras de la misma especie. De éstas, unas pocas tienen filiación tan íntima que su individualidad separada puede ser motivo de discusión, en tanto que al otro extremo de la escala unas pocas tienen filiación tan laxa que la metáfora implicada en el término filiación puede parecer excesiva. Pero pasemos esto. Las quince sociedades más o menos «filiales» se hallan en un grupo diferente de aquel de las seis que, en lo que podemos discernir, han surgido directamente de la vida primitiva. A la génesis de estas seis nos proponemos dirigir nuestra atención ahora. Son la Egipciaca, la Sumérica, la Minoica, la Sínica, la Maya y la Andina

¿Cuál es la diferencia esencial entre las sociedades primitivas y las superiores? No consiste en la presencia o la ausencia de instituciones, pues las instituciones son los vehículos de las relaciones impersonales entre individuos en las que todas las sociedades tienen su existencia, porque aun la más pequeña de las sociedades primitivas está construida sobre una base más amplia que el estrecho círculo de los lazos personales directos de un individuo. Las instituciones son atributos de todo el género «sociedades» y, por tanto, propiedades comunes de ambas especies. Las sociedades primitivas tienen sus instituciones —la religión del ciclo agrícola anual; el totemismo y la exogamia; los tabúes, las iniciaciones y las clases por edad; las segregaciones de los sexos, en ciertos estadios de la vida, en establecimientos comunales separados— y algunas de estas instituciones son ciertamente complejas y quizá tan sutiles como las que son características de las civilizaciones.

Tampoco las civilizaciones se diferencian de las sociedades primitivas por la división del trabajo, pues podemos percibir también en las vidas de las sociedades primitivas los rudimentos de la división del trabajo. Reyes, magos, forjadores y bardos son todos «especialistas», aunque el hecho de que Hefesto, el herrero de la leyenda helénica, sea cojo, y Homero, el poeta

de la leyenda helénica, sea ciego, sugiere que en las sociedades primitivas el especialismo es anormal y tiende a ser limitado a aquellos que carecen de capacidad para ser «hombres completos» u «hombres-orquesta».

Una diferencia esencial entre las civilizaciones y las sociedades primitivas *tal como nosotros las conocemos* (se verá que *el caveat* es importante) es la dirección tomada por la mimesis o imitación. La mimesis es un rasgo genérico de toda vida social. Su actuación puede observarse tanto en las sociedades primitivas como en las civilizaciones, en toda actividad social, desde la imitación del estilo de las estrellas de cine por sus hermanas más humildes hacia arriba. Opera, sin embargo, en diferentes direcciones en las dos especies de sociedad. En las sociedades primitivas, por lo que sabemos, la mimesis se dirige hacia la generación más vieja y hacia los antecesores muertos que se hallan, invisibles pero no imperceptibles, a la espalda de la generación más vieja de los vivos, reforzando su prestigio. En una sociedad cuya mimesis se dirige hacia el pasado, gobierna la costumbre, y la sociedad permanece estática. Por otra parte, en las sociedades en proceso de civilización, la mimesis se dirige hacia personalidades creadoras que logran una adhesión porque son precursores. En tales sociedades se rompe «la corteza del uso», como la llamó Walter Bagehot en su *Física y Política*, y la sociedad se pone en movimiento dinámico siguiendo un proceso de cambio y crecimiento.

Pero si nos preguntamos si esta diferencia entre las sociedades primitivas y superiores es permanente y fundamental, tenemos que contestar negativamente; pues si sólo conocemos sociedades primitivas en una condición estática, es porque las conocemos por observación directa sólo en las últimas fases de sus historias. Sin embargo, aunque esta observación directa nos falte, una serie de razonamientos nos informa de que deben haber existido fases anteriores en las historias de las sociedades primitivas en las que éstas se movían más dinámicamente de lo que lo ha hecho ninguna sociedad «civilizada». Hemos dicho que las sociedades primitivas son tan antiguas como la raza humana, pero deberíamos haber dicho más adecuadamente que son más antiguas. Una vida social e institucional de cierto género se encuentra entre algunos de los mamíferos superiores diferentes del hombre, y es evidente que la humanidad no habría llegado a ser humana sin un ambiente social. Esta mutación del subhombre en hombre que se realizó, en circunstancias de las que no tenemos noticia, bajo la égida de las sociedades primitivas constituyó un cambio más profundo, un paso mayor en el crecimiento, que cualquier progreso realizado hasta ahora bajo la égida de la civilización.

Las sociedades primitivas, tal como las conocemos por la observación directa, pueden asemejarse a gente que yace adormecida en la saliente de una montaña con un precipicio por abajo y otro por arriba; las civilizaciones pueden compararse a compañeros de esos durmientes que acaban de ponerse de pie y que han comenzado a ascender por la cara de la escarpa, en tanto que nosotros, por nuestra parte, podemos parecernos a observadores cuyo campo de visión está limitado a la saliente y a los escalones inferiores del precipicio superior, y que han llegado a la escena en el momento en que

los diferentes miembros del conjunto se hallan en sus respectivas actitudes y posiciones. A primera vista podemos sentirnos inclinados a establecer una diferencia absoluta entre los dos grupos, aclamando a los trepadores como atletas y desechando a las figuras yacentes como paralíticas; pero pensándolo mejor encontraremos más prudente suspender el juicio.

Después de todo, las figuras yacentes no pueden ser en realidad paralíticas, pues no pueden haber nacido al borde del precipicio, y ningún músculo humano excepto los suyos puede haberlos alzado hasta este lugar de respiro, con el abismo a sus pies. Por otra parte, sus compañeros, que están ascendiendo en ese momento, acaban de dejar aquel borde y han comenzado a trepar por la ladera; y como la próxima saliente no está a la vista, no sabemos lo alta o lo difícil que será la próxima ascensión. Sólo sabemos que es imposible detenerse y descansar antes de que la próxima saliente pueda alcanzarse, cualquiera que ésta pueda ser. Así, aun si pudiéramos evaluar la fuerza, habilidad y serenidad de cada uno de los que escalan ahora, no podríamos juzgar si uno de ellos tienen alguna posibilidad de alcanzar la saliente superior, que es el objetivo de sus esfuerzos presentes. Podemos, sin embargo, estar seguros de que algunos de ellos no la alcanzarán nunca. Y podemos observar también que por cada una de las que ahora están penosamente ascendiendo, el doble de ellas (nuestras civilizaciones extintas) han caído vencidas sobre el borde.

No hemos podido encontrar el objeto inmediato de nuestra búsqueda: un punto permanente y fundamental de diferencia entre las sociedades primitivas y las civilizaciones, pero incidentalmente hemos logrado alguna luz sobre el objetivo último de nuestra indagación presente: la naturaleza de las génesis de las civilizaciones. Partiendo de la mutación de las sociedades primitivas en las civilizaciones, hemos encontrado que ella consiste en la transición de una condición estática a una actividad dinámica, y encontraremos que la misma fórmula es válida para el nacimiento de civilizaciones mediante las sucesiones de proletariados internos que se separan de las minorías dominantes de civilizaciones preexistentes que han perdido su poder creador. Tales minorías dominantes son por definición estáticas, pues decir que la minoría creadora de una civilización en crecimiento ha degenerado o se ha atrofiado, convirtiéndose en la minoría dominante de una civilización en desintegración, es otro modo de decir que la sociedad en cuestión ha caído de una actividad dinámica a una condición estática. Frente a esta condición estática la secesión de un proletariado constituye una reacción dinámica; y a esta luz podemos ver que, en la secesión de un proletariado que se separa de una minoría dominante, se genera una nueva civilización mediante la transición de una sociedad desde una condición estática hasta una actividad dinámica, justamente como ocurre en la mutación primitiva. Las génesis de todas las civilizaciones —la clase «con parentesco» y aquella sin él— puede describirse con la frase del general Smuts: «La humanidad echa a andar otra vez.»

Este ritmo alterno de lo estático y lo dinámico, de movimiento y pausa y movimiento, ha sido considerado por muchos observadores en muy diferentes épocas como algo fundamental en la naturaleza del universo. En su

fecunda fantasía, los sabios de la Sociedad Sínica describieron estas alternativas en términos de Yin y Yang, siendo Yin lo estático y Yang lo dinámico. El núcleo del carácter sínico que significa Yin parece representar oscuras nubes amontonadas, mientras que el núcleo del carácter que significa Yang parece representar el disco solar sin nubes emitiendo sus rayos. En la fórmula china se menciona siempre a Yin primero, y dentro de nuestro campo de visión podemos percibir que nuestra casta, habiendo alcanzado la «saliente» de la naturaleza humana primitiva hace unos trescientos mil años, ha reposado allí durante el 98 por ciento de ese período antes de entrar en la actividad Yang de la civilización. Hemos de buscar ahora el factor positivo, cualquiera pueda ser éste, que ha vuelto por su ímpetu a poner en movimiento a la vida humana. Y primeramente exploraremos dos caminos que resultarán ser dos callejones sin salida.

2. Raza

Parece evidente que el factor positivo que, en los últimos seis mil años, ha sacado a parte de la humanidad del estado Yin de las sociedades primitivas «en la saliente» y la ha llevado al estado Yang de las civilizaciones «sobre la escarpa» debe buscarse ya en alguna cualidad especial de los seres humanos que realizaron la transición o en algún rasgo especial del ambiente en que ha tenido lugar la transición, ya en alguna interacción de ambos. Consideraremos primero la posibilidad de que uno u otro de estos factores tomados en sí mismos nos proporcione lo que estamos buscando. ¿Podemos atribuir las génesis de las civilizaciones a las virtudes de alguna o algunas razas en particular?

Raza es un término empleado para designar la posesión de alguna cualidad distintiva y heredable en grupos particulares de seres humanos. Los supuestos atributos de la raza que aquí nos interesan son cualidades psíquicas o espirituales distintas que se presumen innatas en ciertas sociedades. La psicología, sin embargo, y particularmente la psicología social, es un estudio que se halla aún en la infancia; y todas las discusiones sobre la raza hasta la fecha, cuando se esgrime la raza como un factor productor de civilizaciones, se basan en la suposición de que existe una correlación entre cualidades psíquicas valiosas y ciertas características físicas manifiestas.

La característica física realzada más frecuentemente por los defensores occidentales de las teorías raciales es el color. Naturalmente, cabe llegar a concebir que la superioridad espiritual y mental sea algo unido; y por tanto positivamente correlacionado, con la comparativa ausencia de pigmentación en la piel, aunque ello parezca biológicamente improbable. Como quiera que sea, la más popular de las teorías raciales de la civilización es la que coloca sobre un pedestal a la variedad xantotrica glaucope dolicocefala del *homo leucodermaticus*,¹ llamada por algunos «hombres nórdicos» y por

1. «¿No es posible comprenderlo en otra lengua?», pregunta Horacio. Lo es, a saber: «variedad de cabello amarillo, ojos grises, cabeza alargada del hombre de piel blanca.» (Nota del autor del Compendio.)

25-
línea-
cr-
Nietzsche la «bestia rubia»; y vale la pena verificar las credenciales de este ídolo del mercado teutónico.

Al hombre nórdico lo colocó primeramente sobre su pedestal un aristócrata francés de principios del siglo XIX, el conde de Gobineau, y su idealización de «la bestia rubia» constituyó un incidente de las controversias que surgieron de la Revolución Francesa. Cuando la nobleza fue desalojada de sus posesiones, desterrada o guillotizada, los pedantes del partido revolucionario, que no eran nunca felices hasta que podían presentar los sucesos de su día en una forma «clásica», proclamaron que los galos, después de catorce siglos de sujeción, estaban ahora haciendo retroceder a sus conquistadores francos hasta la lejana oscuridad más allá del Rin, de la cual habían venido durante la *völkerwanderung*, y que estaban volviendo a tomar posesión del suelo gálico, que, a pesar de la larga usurpación, nunca había dejado de ser suyo.

A este absurdo constestó Gobineau con un absurdo mayor de su propia cosecha. «Acepto vuestra identificación —replicó, en sustancia—. Conven-gamos en que el populacho de Francia descende de los galos, y la aristocra-cia, de los francos; que ambas razas son de pura sangre; y que existe una correlación definida y permanente entre sus características físicas y psí-quicas. ¿Imagináis vosotros que los galos representan la civilización y los francos la barbarie? ¿De dónde procede la civilización que vuestros galos adquirieron? De Roma. ¿Y qué hizo grande a Roma? Pues una primitiva transfusión de la misma sangre nórdica que corre por mis venas francas. Los primeros romanos —e igualmente los primeros griegos, los aqueos de Homero— eran conquistadores rubios que habían descendido del norte vi-gorizador y establecido su dominio sobre los indígenas más débiles del Me-diterráneo enervante. A la larga, sin embargo, su sangre se diluyó y la raza se debilitó; su poder y su gloria declinaron. Había llegado el momento de que descendiera desde el norte otra partida de salvamento de conquistado-res rubios e hicieran volver a latir el pulso de la civilización, y entre éstos se hallaban los francos.»

Tal es el divertido relato de Gobineau de una serie de hechos que hemos manejado ya de manera muy diferente en nuestros bosquejos de los orígenes, primero de la Civilización Helénica y después de la Occidental. Su *jeu d'esprit* político fue hecho plausible por un descubrimiento contemporáneo, del cual se apresuró a aprovecharse Gobineau. Se había descubierto que casi todas las lenguas vivas de Persia e India Septentrional, así como el iránico y sánscrito clásicos, se relacionaban unas con otras como miembros de una vasta familia lingüística. Se dedujo certeramente que debía haber existido un lenguaje primitivo «ario» o «indo-europeo», del cual procedían todos los miembros conocidos de la familia. Se dedujo equivocadamente que los pueblos entre los cuales circulaban estos lenguajes afines se relacionaban físicamente en la misma medida que las lenguas mismas, y que todos procedían de una raza primitiva «aria» o «indo-europea» que se había extendido, conquistando y por conquistar, al E. y al O., al N. y al S., desde su hogar imaginario: una raza que había producido el genio religioso de Zoro-

roastro y del Buda, el genio artístico de Grecia, el genio político de Roma y —cumbre máxima— ¡nuestras nobles personas! ¡Caramba! ¡A esta raza se debían prácticamente todas las conquistas de la civilización humana!

La liebre que levantó el vivaz francés la persiguieron pesados filólogos alemanes, que perfeccionaron la palabra indo-europeo traduciéndola por indo-germánico, y que localizaron el hogar originario de esta imaginaria raza en los dominios del rey de Prusia. Poco antes de estallar la guerra de 1914-1918, **Houston Stewart Chamberlain**, un inglés que se había enamorado de Alemania, escribió un libro titulado *Las Bases del Siglo Diecinueve*, en el que añadía a Dante y **Jesús** a la lista de los indo-germanos.

Los norteamericanos tuvieron también sus preferencias por el «hombre nórdico». Alarmados por la inmigración abrumadora de europeos meridionales durante el cuarto de siglo anterior a 1914, escritores tales como **Madison Grand** y **Lothrop Stoddard** pidieron una restricción de la inmigración como el único medio de conservar, no los patrones sociales norteamericanos, sino la pureza de la rama americana de la raza nórdica.

La doctrina «israelita» británica es una teoría del mismo tipo, que utiliza una terminología diferente y apoya la historia imaginaria con una extraña teología.

Es curioso observar que mientras los propagandistas raciales de nuestra propia civilización insisten sobre las pieles claras como señal de superioridad intelectual, exaltando a los europeos sobre otras razas y a los nórdicos sobre otros europeos, los japoneses emplean una «prueba» física diferente. Ocurre que los cuerpos de los japoneses están notablemente desprovistos de vello y que tienen como vecinos en su isla septentrional a una comunidad primitiva de un tipo muy diferente, un tipo físico no desemejante de aquel del europeo medio, llamado el «aino peludo». De un modo muy natural, pues, los japoneses asocian su falta de vello con la superioridad espiritual, y aunque su pretensión puede tener tan poco fundamento como nuestro alegato de la superioridad de las pieles claras, es superficialmente más plausible, pues el hombre desprovisto de vello, en cuanto carente de pelo, está ciertamente algo más alejado de su primo el mono.

Los etnólogos, al clasificar a los hombres blancos de acuerdo con sus tipos físicos, en cabezas alargadas y cabezas redondas, en pieles blancas y pieles oscuras, y todo lo demás, han agrupado tres «razas» blancas principales, que llaman la nórdica, la alpina y la mediterránea. Por lo que valga, contaremos el número de civilizaciones a las que cada una de estas razas ha aportado una contribución positiva. Las nórdicas han contribuido a cuatro y posiblemente a cinco: la Índica, la Helénica, la Occidental, la Cristiana Ortodoxa Rusa y posiblemente la Hitita. Las alpinas han contribuido a siete y posiblemente a nueve: la Sumérica, la Hitita, la Helénica, la Occidental, tanto el vástago ruso como el cuerpo principal de la Cristiana Ortodoxa, la Iránica y posiblemente la Egipciaca y la Minoica. Las mediterráneas han contribuido a diez: la Egipciaca, la Sumérica, la Minoica, la Siríaca, la Helénica, la Occidental, el núcleo principal de la Cristiana Ortodoxa, la Iránica, la Arábiga y la Babilónica. De las otras divisiones de la raza humana,

la morena (que designa aquí a los pueblos dravídianos de India y los malayos de Indonesia) ha contribuido a dos: la Índica y la Hindú. La raza amarilla ha contribuido a tres: la Sínica y las dos civilizaciones del Lejano Oriente, a saber: el cuerpo principal de China y el vástago japonés. La raza cobriza de América es, naturalmente, la única contribuyente a las cuatro civilizaciones americanas. Sólo la raza negra no ha contribuido positivamente a ninguna civilización, hasta ahora. Las razas blancas están a la cabeza, pero hay que recordar que existen muchos pueblos blancos que están tan exentos de haber contribuido a civilización alguna como los negros mismos. Si algo positivo surge de esta clasificación es que la mitad de nuestras civilizaciones se basa en contribuciones de más de una raza. Las occidentales y las helénicas tienen tres contribuidores cada una, y si las razas amarilla, morena y cobriza fueran analizadas en «subrazas» como las divisiones nórdica, alpina y mediterránea de la raza blanca, podríamos probablemente obtener una pluralidad de contribuidores a todas nuestras civilizaciones. Cuál puede ser el valor de estas subdivisiones y si en algún tiempo han representado histórica y socialmente pueblos distintos es otra cuestión; todo este punto es perfectamente oscuro.

Pero ya se ha dicho bastante para autorizarnos a desechar la teoría de que una raza superior haya sido la causa y autora de la transición de Yin a Yang, de lo estático a lo dinámico, en una parte del mundo tras otra desde hace unos seis mil años.

3. *Contorno*

Los espíritus occidentales modernos han sido llevados a realzar, y sobreestimar, el factor racial en la historia debido a la expansión de nuestra Sociedad Occidental por el mundo durante los últimos cuatro siglos. Esta expansión puso a los pueblos de Occidente en contacto, y con frecuencia en contacto inamistoso, con pueblos que diferían de ellos no sólo en cultura, sino también en aspecto físico; y la idea de los tipos biológicos superiores e inferiores era justamente la que se podía esperar que resultara de tales contactos, especialmente en el siglo XIX, cuando las mentes occidentales habían cobrado conciencia de la biología por la obra de Charles Darwin y otros investigadores científicos.

Los griegos clásicos se expandieron también, por la vía del comercio y la colonización, en el mundo en torno a ellos, pero éste era un mundo mucho más pequeño, que contenía una amplia diversidad de culturas, mas no una amplia diversidad de tipos físicos. El egipcio y el escita podían estar muy alejados uno de otro y de su observador griego (Herodoto, por ejemplo) en su modo de vida, pero no eran físicamente diferentes de él en el modo sensorial en que el negro de África Occidental y el hombre cobrizo de América diferían del europeo. Era natural, pues, que los griegos encontraran algún otro factor que la herencia biológica de las características físicas, es decir, la raza, para explicar las diferencias de cultura que observaban en torno de

ellos. Encontraron su explicación en diferencias de *habitat* geográfico, suelo y clima.¹

Hay un tratado titulado *Influencias de la Atmósfera, el Agua y la Situación*, que data del siglo V a. de C. y que se conserva entre las obras reunidas de la escuela hipocrática de medicina, que ejemplifica las opiniones griegas sobre este punto. Allí leemos, por ejemplo, que:

«Las fisonomías humanas pueden clasificarse en las del tipo de montaña bien arbolada y bien regada, el tipo de suelo descarnado sin agua, el tipo de prado pantanoso, el tipo de tierra baja bien limpia y bien desecada... Los habitantes de países montañosos, rocosos, bien regados, de una gran altitud, donde es muy amplio el margen de las variaciones climáticas de las estaciones, suelen tener cuerpos de complejión recia adaptados constitucionalmente al valor y a la resistencia... Los habitantes de valles bochornosos, cubiertos de prados pantanosos, que están más expuestos a los vientos cálidos que a los fríos, que beben agua templada, no tendrán en cambio una constitución grande o delgada, sino que serán gruesos, carnosos y de cabellos oscuros, con una complejión morena más que rubia y con menos flema que bilis en su constitución. El valor y la resistencia no serán innatos en sus caracteres en el mismo grado, pero serán susceptibles de producirse entre ellos con el concurso de las instituciones... Los habitantes de comarcas quebradas, barridas por el viento, bien regadas, en una elevada altitud, serán de buena estatura y carentes de individualidad, con una vena de cobardía y mansedumbre en sus caracteres... En la mayoría de los casos, se encontrará que el cuerpo y los caracteres humanos varían de acuerdo con la naturaleza de la comarca.»²

Pero los ejemplos helénicos favoritos de la «teoría del contorno» los ofreció el contraste entre el efecto de la vida en el valle del Nilo Inferior sobre el físico, el carácter y las instituciones de los egipcios y el efecto de la vida en la estepa euroasiática sobre el físico, el carácter y las instituciones de los escitas.

Tanto la teoría de la raza como la teoría del contorno tratan de explicar la diversidad observada en la conducta psíquica (intelectual y moral) y los logros de diferentes fracciones de la humanidad, suponiendo que esta diversidad psíquica se halla correlacionada de un modo fijo y permanente, en la relación de efecto a causa, con ciertos elementos de la diversidad observada en el dominio no-psíquico de la naturaleza. La teoría de la raza encuentra la causa diferenciadora en la diversidad del físico humano; la teoría del contorno, en las diversas condiciones climáticas y geográficas en que viven las diferentes sociedades. La esencia de ambas teorías es la correlación entre dos series de variables, en un caso el carácter y el físico, en el otro caso, el carácter y el contorno, y de esta correlación tiene que probarse que es fija y permanente si han de quedar bien establecidas las teorías fundadas sobre ella. Sometida a esta prueba, hemos visto ya que la teoría de la raza se quiebra, y ahora veremos que la teoría del contorno, aunque menos desca-

1. Bernard Shaw está aquí del lado de los griegos. Los lectores del prefacio a *La otra isla de John Bull* recordarán que rechaza con desdén el concepto de una «raza céltica», y atribuye las diferencias entre los ingleses e irlandeses a la diferencia entre los climas de sus respectivas islas.

2. Hipócrates: *Influencias de la Atmósfera, el Agua y la Situación*, caps. 13 y 24, traducción de Toynbee, A. J.: *Greek Historical Thought from Homer to the Age of Heraclius*, páginas 167-168.

bellada, no va más lejos. Lo que debemos hacer es examinar la teoría helénica en sus dos ejemplos favoritos: la etapa eurasiática y el valle del Nilo. Tenemos que encontrar también otras áreas de la superficie de la tierra semejantes geográfica y climáticamente a cada una de estas dos regiones. Si todas ellas pueden mostrar poblaciones que se parezcan, en carácter e instituciones, a los escitas en un caso y los egipcios en el otro, quedará justificada la teoría del contorno; pero si no, quedará refutada.

Veamos primero la estepa eurasiática, aquella vasta área de la cual sólo conocieron los griegos el rincón suboccidental. Podemos colocar junto a ella la estepa afrasiática, que se extiende desde Arabia a través del África Occidental. ¿La semejanza entre las estepas eurasiática y afrasiática es pareja a una semejanza correspondiente entre las sociedades humanas respectivas que han surgido en estas dos áreas? La respuesta es afirmativa. Ambas han producido el tipo nómada de sociedad, un nomadismo que revela justamente aquellos parecidos y diferencias —diferencias, por ejemplo, en los animales domesticados— que se esperaría encontrar en vista de los parecidos y diferencias existentes entre las dos áreas. Pero sometiéndolas a otras pruebas, desaparece la correlación; pues encontramos que otras partes del mundo que ofrecen ambientes para sociedades nómadas —las praderas norteamericanas, los llanos de Venezuela, las pampas de la Argentina y las tierras de pastos de Australia— no han producido sociedades nómadas propias. Sus posibilidades no pueden discutirse, pues las ha visto el espíritu de empresa de nuestra Sociedad Occidental en los tiempos modernos; y esa vanguardia de ganaderos occidentales —*cowboys* norteamericanos, gauchos sudamericanos y vaqueros australianos— que han conquistado y conservado estos espacios vacíos durante unas pocas generaciones, adelantándose al arado y el molino que ya avanzaban, han cautivado la imaginación de la humanidad de un modo tan triunfal como el escita, el tártaro y el árabe. Las posibilidades de las estepas americanas y australiana tienen que haber sido, en efecto, poderosas si han podido transformar en nómadas, aunque sólo durante una generación, a los *pioneers* de una sociedad que no tenía tradiciones nómadas, sino que vivía de la agricultura y la manufactura desde que surgió por vez primera. Lo más notable es que los pueblos que encontraron los primeros *pioneers* occidentales en estos territorios nunca habían sido estimulados por su contorno al nomadismo, sino que no habían encontrado mejor uso para estos paraísos nómadas que utilizarlos como campos de caza.

Si comprobamos la teoría con un examen de las áreas que se asemejan al valle del Nilo Inferior, nuestra experiencia será la misma.

El valle del Nilo Inferior es, por decirlo así, una anomalía en el paisaje de la estepa afrasiática. Egipto tiene el mismo clima seco que la vasta área que le rodea, pero posee un capital excepcional: una inagotable provisión de agua y aluviones, proporcionada por el gran río que nace, más allá de los límites de la estepa, en un área de lluvias abundantes. Los creadores de la Civilización Egipcia utilizaron este capital para producir una sociedad en contraste sensacional con el nomadismo a un lado y otro de ellos. ¿Es, pues, el contorno especial ofrecido por el Nilo en Egipto el rasgo positivo al que se debe la génesis de la Civilización Egipcia? Para afirmar esta tesis te-

nemos que demostrar que ha surgido independientemente una civilización semejante en todas las demás áreas en las que se ofrece un contorno del tipo nilótico.

La teoría resiste la prueba en un área vecina donde se cumplen las condiciones requeridas, a saber: el valle inferior del Éufrates y el Tigris. Aquí encontramos, a la vez, condiciones físicas semejantes y una sociedad parecida, la Sumérica. Pero fracasa en el valle del Jordán, mucho más pequeño, pero semejante, que no ha sido nunca sede de una civilización. Probablemente fracasa también en el valle del Indo, esto es, fracasa allí si estamos en lo cierto al suponer que la cultura índica fue introducida allí ya hecha por los colonizadores sumerios. El valle del Ganges Inferior debe descartarse de la prueba por ser demasiado húmedo y demasiado pantanoso, pero aun el crítico más reparador no puede negar que las condiciones contornales ofrecidas por Egipto y Mesopotamia se ofrecen también en los valles del río Grande y el río Colorado en los Estados Unidos. Bajo la mano del moderno colonizador europeo, equipado con recursos que ha traído consigo desde el otro lado del Atlántico, estos ríos de América han realizado los milagros que el Nilo y el Éufrates obraron para los ingenieros egipcíacos y suméricos. Pero esta magia no la enseñaron nunca el Colorado o el río Grande a gente que no fuera ya experta en ella por haberlo aprendido en otra parte.

Al presentar estas pruebas, no puede considerarse al factor contornal como el factor positivo que dio nacimiento a la civilización «fluvial»; y nos veremos confirmados en esta conclusión si dirigimos una mirada a otros contornos que han producido civilizaciones en un área, pero no en otra.

La Civilización Andina vino al mundo en una alta meseta, y sus creaciones se hallan en radical contraste con el salvajismo escondido más abajo, en los bosques del Amazonas. ¿Fue, pues, la meseta la razón por la cual la Sociedad Andina se adelantó a sus vecinos salvajes? Antes de admitir esta idea echemos una ojeada a las mismas latitudes ecuatoriales de África, donde las altas tierras del África Oriental bordean los bosques de la cuenca del Congo. Y encontraremos que en África la meseta fue tan poco productora de una sociedad «civilizada» como las selvas tropicales del gran valle del río.

Igualmente, observamos que la Civilización Minoica surgió de un racimo de islas situadas en un mar interior y favorecidas con el clima del Mediterráneo, pero un contorno semejante no pudo provocar otra civilización del tipo archipelágico en torno al mar interior del Japón. El Japón no dio nunca nacimiento a una civilización independiente, sino que fue ocupado por el vástago de una civilización continental que había surgido en el interior de China.

Se representa a veces a la Civilización Sínica como fruto del río Amarillo porque le ocurrió surgir en el valle del río Amarillo, pero el valle del Danubio, con la misma constitución de clima y suelo, y llanura y montaña, no pudo producir una civilización semejante.

La Civilización Maya surgió entre las lluvias y la vegetación tropicales de Guatemala y la Honduras Británica, pero tales civilizaciones no salieron nunca del salvajismo en las condiciones similares del Amazonas y el Congo. Estas dos

100
ción

cuencas, es cierto, se hallan a horcajadas sobre el Ecuador, mientras que el hogar maya está quince grados al norte. Si seguimos el paralelo quince de latitud hasta el otro lado del mundo, tropezamos con las tremendas ruinas de Angkor Wat, entre las lluvias y la vegetación tropicales de Camboya. ¿Son comparables éstas con las ciudades mayas en ruinas de Copán e Ixkun? Los datos arqueológicos revelan que la civilización representada por Angkor Wat no era nativa de Camboya, sino que fue el vástago de una Civilización Hindú que había surgido en India.

Podríamos seguir estudiando este problema, pero quizá hemos dicho bastante para convencer al lector de que ni la raza ni el contorno, tomados por sí mismos, pueden ser el factor positivo que en los últimos seis mil años ha sacado a la humanidad de su reposo estático en el nivel de la sociedad primitiva y la ha lanzado a la búsqueda azarosa de la civilización. En todo caso, ni la raza ni el contorno, como han sido considerados hasta ahora, han ofrecido, o aparentemente pueden ofrecer, ninguna pista respecto a por qué ocurrió esta gran transición en la historia humana, no sólo en lugares particulares, sino en fechas particulares.

V. INCITACIÓN Y RESPUESTA

1: *La pista mitológica*

En nuestra búsqueda del factor positivo en las génesis de las civilizaciones realizada hasta ahora hemos empleado la táctica de la escuela clásica de la ciencia física moderna. Hemos venido pensando en términos abstractos y experimentando con el juego de fuerzas inanimadas: raza y contorno. Ahora que estas maniobras han terminado en un punto muerto cabe que nos detengamos para considerar si nuestros fracasos no pueden ser debidos a algún error de método. Quizá bajo la engañosa influencia del espíritu de una época desaparecida hemos sido víctimas de lo que llamaremos la «falacia apatética». Ruskin previno a sus lectores contra la «falacia patética» de dotar imaginativamente con vida a objetos inanimados; pero es igualmente necesario para nosotros ponernos en guardia contra el error inverso de aplicar al pensamiento histórico, que es un estudio de criaturas vivas, un método científico creado para el estudio de la naturaleza inanimada. En nuestra tentativa final para resolver el enigma, seguiremos la guía de Platón y ensayaremos el proceso opuesto. Cerraremos nuestros ojos, por el momento, a las fórmulas de la ciencia, con el fin de abrir nuestros oídos al lenguaje de la mitología.

Es evidente que si las génesis de las civilizaciones no son resultado de factores biológicos o del contorno geográfico actuando separadamente, deben serlo de algún género de interacción entre ellas. En otras palabras, el factor que estamos tratando de identificar es algo no simple, sino múltiple; no un ente, sino una relación. Podemos elegir entre concebir esta relación como una interacción de dos fuerzas inhumanas o como un encuentro entre dos personalidades sobrehumanas. Entreguemos nuestras mentes a la segunda de estas dos concepciones. Quizá nos lleve hacia la luz.

Un encuentro entre dos personalidades sobrehumanas es el argumento de algunos de los más grandes dramas que ha concebido la imaginación humana. Un encuentro entre Yahué y la Serpiente es el argumento de la historia de la Caída del Hombre en el Libro del Génesis; un segundo encuentro entre los mismos adversarios, transfigurados por la progresiva ilustración de las almas siríacas, es el argumento del Nuevo Testamento, que narra

la historia de la Redención; un encuentro entre el Señor y Satanás es el argumento del Libro de Job; un encuentro entre el Señor y Mefistófeles es el argumento del *Fausto* de Goethe; un encuentro entre dioses y demonios es el argumento del *Voluspa* escandinavo; un encuentro entre Artemisa y Afrodita es el argumento del *Hipólito* de Eurípides.

Podemos encontrar otra versión del mismo argumento en aquel ubicuo y siempre recurrente mito —una «imagen primordial», si hubo alguna vez una— del encuentro entre la Virgen y el Padre de su Hijo. Los caracteres de este mito han desempeñado los papeles que les han correspondido en mil diferentes escenarios bajo una variedad infinita de nombres: Dánae y la Lluvia de Oro, Europa y el Toro, Sémele la Tierra Herida y Zeus el Cielo que lanza el rayo, Creusa y Apolo en el *Ion* de Eurípides, Psyché y Cupido, Gretchen y Fausto. El tema vuelve, transfigurado, en la Anunciación. En nuestro propio tiempo en Occidente este mito proteico ha vuelto a expresarse como la última palabra de nuestros astrónomos sobre la génesis del sistema planetario, según lo testimonia el siguiente *credo*:

«Nosotros creemos... que hace unos dos mil millones de años... ocurrió que una segunda estrella, ambulando ciegamente por el espacio, se aproximó al sol. Así como el sol y la luna hacen ascender las mareas en la tierra, esta segunda estrella debe haber hecho ascender las mareas en la superficie del sol. Pero éstas serían muy diferentes de las mezquinas mareas que la pequeña masa de la luna hace ascender en nuestros océanos; una enorme ola de marea debe haber recorrido la superficie del sol, formando últimamente una montaña de altura prodigiosa, que se elevaría más y más cuando la causa de la perturbación llegara cada vez más cerca. Y, antes de que comenzara a retroceder la segunda estrella, el empuje de la marea llegó a ser tan poderoso que esta montaña se rompió en pedazos y despidió pequeños fragmentos, tal como se pulveriza la cresta de una ola. Estos pequeños fragmentos han estado circulando alrededor de su sol paterno desde entonces. Son los planetas grandes y pequeños, uno de los cuales es la Tierra.»¹

Así se oye, una vez más, de boca del astrónomo matemático, cuando ha realizado sus cálculos complejos, el mito del encuentro entre la diosa sol y su raptor, que es un relato tan familiar en boca de los hijos incultos de la naturaleza.

La presencia y potencia de esta dualidad en la causación de las civilizaciones cuya génesis estamos estudiando la admite un moderno arqueólogo occidental cuyos estudios comienzan con una concentración sobre el contorno y terminan con una intuición del misterio de la vida:

«El contorno... no es la causación total en la formación de la cultura... Es, sin duda, el factor aislado más importante... Pero hay aún un factor indefinible que puede designarse francamente como x , la cantidad desconocida, al parecer de orden psicológico... Si x no es el factor más conspicuo en este punto, es ciertamente el más importante, el más cargado de destino.»²

En nuestro presente estudio de la historia se ha afirmado ya este tema insistente del encuentro sobrehumano. En un pasaje anterior hemos obser-

1. Jeans, sir James: *The Mysterious Universe*, págs. 1 y 2.

2. Means, P. A.: *Ancient Civilizations of the Andes*, págs. 25-26.

vado que «una sociedad... se enfrenta en el curso de su vida con una serie de problemas» y que «la presentación de cada problema es una incitación a sufrir una prueba».

Tratemos de analizar el argumento de esta historia o drama que se repite en tan diferentes contextos y en tan diversas formas.

Podemos comenzar por dos rasgos generales: se concibe el encuentro como un suceso raro y algunas veces único; y tiene consecuencias que son vastas en proporción a la vastedad de la brecha que abre en el curso habitual de la naturaleza.

Aun en el mundo fácil de la mitología helénica, donde los dioses «veían las hijas de los hombres que eran hermosas», y se salían con la suya con tantas de ellas que sus víctimas podían ser ordenadas y exhibidas en catálogos poéticos, tales incidentes no dejaron de ser nunca asuntos sensacionales e invariablemente tuvieron por resultado el nacimiento de héroes. En las versiones del argumento en el que ambas partes del encuentro son sobrehumanas se ponen muy de relieve la rareza y trascendencia del suceso. En el Libro de Job, «el día en que los hijos de Dios se hicieron presentes ante el Señor, y Satanás también entre ellos», se concibe evidentemente como una ocasión extraordinaria; y así ocurre con el encuentro entre el Señor y Mefistófeles en el «Prólogo en el Cielo» (surgido, naturalmente, por el comienzo del Libro de Job) con que se inicia la acción del *Fausto* de Goethe. En ambos dramas las consecuencias sobre la tierra del encuentro en el cielo son tremendas. Las pruebas a que son sometidos personalmente Job y Fausto representan, en el lenguaje intuitivo de la ficción, la prueba infinitamente múltiple de la humanidad; y en el lenguaje de la teología se representan las mismas vastas consecuencias como resultado de los encuentros sobrehumanos que se describen en el Libro del Génesis y en el Nuevo Testamento. La expulsión de Adán y Eva del Edén que sigue al encuentro entre Yahué y la Serpiente es nada menos que la caída del Hombre; la Pasión de Cristo en el Nuevo Testamento es nada menos que la Redención del Hombre. Hasta del nacimiento de nuestro sistema planetario por el encuentro entre dos soles, tal como lo describe nuestro moderno astrónomo, afirma la misma autoridad que es «un suceso de una rareza casi inimaginable».

En cada caso, la historia se abre con un estado perfecto de Yin. Fausto es perfecto en conocimiento; Job es perfecto en bondad y prosperidad; Adán y Eva son perfectos en inocencia y naturalidad; las vírgenes —Gretchen, Danae y el resto— son perfectas en pureza y belleza. En el universo del astrónomo, el sol, en órbita perfecta, sigue su curso intacto y entero. Cuando Yin está así completo, se halla dispuesto para convertirse en Yang. ¿Pero qué es lo que hace pasar a él? El cambio de un estado que, por definición, es perfecto en su género sólo puede iniciarse por un impulso o motivo que viene de fuera. Si concebimos el estado como un estado de equilibrio físico, tenemos que introducir otra estrella. Si lo pensamos como estado de beatitud psíquica o *nirvana*, tenemos que sacar a escena otro actor: un crítico para hacer pensar otra vez a la mente sugiriendo dudas; un adversario para hacer sentir otra vez al corazón inspirando dolor, o descontento, o miedo, o anti-

Yin a
de de

patía. Éste es el papel de la Serpiente en el Génesis, de Satanás en el Libro de Job, de Mefistófeles en *Fausto*, de Loki en la mitología escandinava, de los amantes divinos en los mitos de la virgen.

Con el lenguaje de la ciencia podemos decir que la función del factor intruso es proveer a aquello en que se introduce de un estímulo del tipo mejor calculado para evocar las variaciones creadoras más poderosas. En el lenguaje de la mitología y la tecnología, el impulso o motivo que hace pasar un perfecto estado Yin a una nueva actividad Yang procede de una intrusión del Diablo en el universo de Dios. Este suceso puede describirse mejor en estas imágenes mitológicas porque no están dificultadas por las contradicciones que surgen cuando la exposición se traduce en términos lógicos. En lógica, si el universo de Dios es perfecto, no puede haber un Diablo fuera de él, mientras que si el Diablo existe, la perfección que viene a destruir debe haber sido incompleta ya por el mismo hecho de su existencia. Esta contradicción lógica, que no puede resolverse de un modo lógico, se manifiesta intuitivamente en las imágenes del poeta y el profeta, que glorifican a un Dios omnipotente y que, sin embargo, dan por supuesto que Él está sometido a dos limitaciones esenciales.

La primera limitación consiste en que, en la perfección de lo que Él ha creado ya, Él no puede encontrar oportunidad para una ulterior actividad creadora. Si se concibe a Dios como trascendente, las obras de la creación son tan gloriosas como fueron siempre, pero no se pueden «cambiar de gloria en gloria». La segunda limitación al poder de Dios consiste en que cuando se le ofrece desde fuera la oportunidad para una nueva creación no puede sino aprovecharla. Cuando el Diablo le desafía no puede negarse a aceptar el desafío. Dios está obligado a aceptar el trance porque sólo puede rehusarlo al precio de negar su propia naturaleza y de dejar de ser Dios.

Si Dios no es así omnipotente en términos lógicos, ¿es mitológicamente invencible aún? Si está obligado a aceptar el desafío del Diablo, ¿está también obligado a ganar la batalla que sigue? En el *Hipólito* de Eurípides, donde el papel de Dios está desempeñado por Artemisa y el del Diablo por Afrodita, Artemisa no sólo es incapaz de rehuir el combate, sino que está predestinada a la derrota. Las relaciones entre los olímpicos son anárquicas, y Artemisa en el epílogo sólo puede consolarse pensando en que un día desempeñará ella misma el papel del Diablo a costa de Afrodita. El resultado no es la creación, sino la destrucción. En la versión escandinava, la destrucción es igualmente el resultado en Ragnarok —cuando «los dioses y demonios matan y son asesinados»—, aunque el genio único del autor del *Voluspa* hace que la visión de su Sibila atraviese la oscuridad para contemplar la luz de una nueva aurora tras ella. Por otra parte, en otra versión de la trama, el combate que sigue a la aceptación obligatoria del desafío no adopta la forma de un cambio de fuego en el que el Diablo dispara el primer tiro y no puede dejar de matar a su hombre, sino de una apuesta que el Diablo está al parecer obligado a perder. Las obras clásicas en las que se presenta este motivo de la apuesta son el Libro de Job y el *Fausto* de Goethe.

En el drama de Goethe es donde aparece más claramente este punto. Después que el Señor ha aceptado la apuesta con Mefistófeles en el Cielo, se

convienen las condiciones en la tierra entre Mefistófeles y Fausto, como sigue:

FAUSTO: Si llego a reposar en lecho perezoso,
¡Desaparezca yo al momento!
Si puedes mentirme, lisonjero,
Hasta que pueda estar satisfecho de mí mismo,
Si puedes engañarme con los placeres,
¡Sea éste para mí el último día!
¡Te ofrezco la apuesta!

MEFISTÓFELES: ¡Hecho!

FAUSTO: ¡Cerremos el trato!
Si llego a decir al momento:
¡Detente! ¡Eres tan bello!
Entonces cárgame de cadenas,
Entonces me hundiré de buen grado,
Entonces pueden tañer las campanas a muerto,
Entonces quedas libre de tu servidumbre,
El reloj puede detenerse, caer la aguja.
¡El tiempo habrá acabado para mí!¹

La relación de este convenio místico con nuestro problema de las génesis de las civilizaciones puede ponerse de manifiesto identificando a Fausto, en el momento que hace su apuesta, con uno de aquellos «durmientes despertados» que se han levantado de la saliente del abismo donde han estado yaciendo torpemente y han comenzado a ascender por la ladera del risco. En el lenguaje de nuestro símil Fausto está diciendo: «He decidido dejar esta saliente y ascender sobre este precipicio en busca de la próxima. Al intentar esto, me doy cuenta de que estoy dejando detrás de mí la seguridad. Sin embargo, por la posibilidad de su conquista correré el riesgo de la caída y la destrucción.»

En la historia contada por Goethe, el intrépido alpinista, después de una prueba de peligros mortales y derrotas desesperadas, triunfa al fin escalando victoriosamente la pendiente. En el Nuevo Testamento, se presenta la misma terminación, mediante la revelación de un segundo encuentro, entre el mismo par de adversarios, del combate entre Yahué y la Serpiente que, en la versión original del Génesis, había terminado en la forma del combate entre Artemisa y Afrodita en el *Hipólito*.

En Job, *Fausto* y el Nuevo Testamento se sugiere por igual, y hasta se declara francamente que la apuesta no puede ganarla el Diablo; que el Diablo, al entrometerse en la obra de Dios, no puede frustrar, sino sólo servir el propósito de Dios, que sigue siendo dueño de la situación todo el tiempo y da al Diablo cuerda para que él mismo se ahorque. ¿Entonces ha sido engañado el Diablo? ¿Ha aceptado Dios una apuesta que Él sabía que no podía perder? Éstas son palabras fuertes; pues si fueran verdad, todo el trato ha-

1. *Fausto*, 1.^a Parte, Vs. 1692-1706. (Versión del traductor.)

UNO

bría constituido una simulación. Un encuentro que no fuera un verdadero encuentro no podría producir las consecuencias de tal: las vastas consecuencias cósmicas de hacer que Yin pase a ser Yang. Quizá la explicación esté en que la apuesta que ofrece el Diablo y que Dios acepta, abarca, y con ello pone en peligro real, una parte de la creación de Dios, pero no su totalidad. La parte está realmente en juego; y aunque no lo esté la totalidad, es concebible que no puedan dejar de afectar a ésta las posibilidades y cambios a que se halla expuesta la parte. En el lenguaje de la mitología, cuando una de las criaturas de Dios es tentada por el Diablo, se da Dios mismo la oportunidad de re-crear al mundo. La intervención del Diablo, triunfe o fracase en la empresa particular —y un resultado u otro es posible—, ha realizado aquella transición de Yin a Yang que Dios ha estado deseando.

En cuanto al papel del protagonista humano, el sufrimiento es su característica en toda representación del drama, sea el actor Jesús, Job, Fausto, Adán o Eva. El retrato de Adán y Eva en el Edén es una reminiscencia del estado Yin al que había llegado el hombre primitivo en la fase de «recolección de vegetales» de la economía, una vez que hubo establecido su ascendencia sobre el resto de la flora y la fauna de la tierra. La Caída, en respuesta a la tentación a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, simboliza la aceptación de un desafío a abandonar esta integración conquistada y a aventurarse en una nueva diferenciación, de la que puede surgir —o no— una nueva integración. La expulsión del Edén a un mundo inamistoso en que la mujer ha de parir sus hijos con dolor y el hombre debe comer el pan con el sudor de su frente, es la prueba que ha impuesto la aceptación del desafío de la Serpiente. La relación sexual entre Adán y Eva, que sigue, es un acto de creación social. Tiene sus frutos en el nacimiento de dos hijos que representan dos civilizaciones nacientes: Abel, el guardador de ganado, y Caín, el labrador del campo.

En nuestra propia generación, uno de los más distinguidos y originales estudiosos del contorno físico de la vida humana cuenta la misma historia a su propio modo:

«Hace siglos, una banda de salvajes desnudos, sin casa y sin fuego, partió de su hogar cálido en la zona tórrida y marchó constantemente hacia el N. desde la primavera al fin del verano. No sospecharon nunca que habían dejado tras de sí el país del calor constante hasta que en otoño comenzaron a sentir por la noche un frío desagradable. Día tras día empeoró esto. No conocieron su causa, siguieron este o aquel camino para librarse de ello. Algunos se dirigieron hacia el S., pero sólo un puñado de ellos volvieron a su hogar anterior. Aquí reanudaron su antigua vida, y sus descendientes son salvajes incultos hasta el día de hoy. De aquellos que caminaron en otras direcciones, perecieron todos menos una pequeña banda. Encontrando que no podían escapar al aire mordiente, los miembros de esta banda utilizaron la más elevada de las facultades humanas: el poder de invención consciente. Algunos trataron de encontrar refugio excavando el terreno, otros reunieron ramas y hojas para hacer cabañas y lechos calientes, y otros se envolvieron en las pieles de los animales que habían cazado. Pronto estos salvajes dieron algunos de los pasos más importantes hacia la civilización. Los desnudos fueron vestidos; los sin hogar, protegidos; el impróvido aprendió a secar la carne y a guardarla, con nueces, para el invierno; y al fin se descubrió el arte de preparar el fuego como un medio de mantenerse caliente. Así subsistieron donde al prin-

cipio pensaron que estaban condenados a desaparecer. Y en este proceso de adaptación a un ambiente duro avanzaron a pasos enormes dejando a la parte tropical de la humanidad muy detrás de ellos.»¹

Un erudito clásico traduce igualmente la historia a la terminología científica de nuestro tiempo:

«Constituye... una paradoja del progreso el hecho de que si la necesidad es la madre de la invención, el otro padre sea el empeño, la determinación de seguir viviendo bajo condiciones adversas más que cortar las pérdidas e ir donde la vida sea más fácil. No fue un accidente el que la civilización, tal como la conocemos, comenzara en aquel flujo y reflujo de clima, flora y fauna que caracteriza a la cuádruple "edad glacial". Los primates que apenas "salvaron el pellejo" cuando desaparecieron las condiciones arbóreas, conservaron su primacía entre los siervos de la ley natural, pero renunciaron a la conquista de la naturaleza. Vencieron totalmente, y llegaron a ser hombres, aquellos otros que... permanecieron en el terreno donde no había ya árboles donde cobijarse, que "se las arreglaron" con carne cuando no maduraron los frutos, que prepararon fuegos y vestidos en vez de seguir el calor del sol; que fortificaron sus cuevas y adiestraron a sus hijos, y defendieron la racionalidad de un mundo que parecía tan sin razón.»²

El primer estadio, pues, de la prueba del protagonista humano es una transición del Yin al Yang mediante un acto dinámico —realizado por la criatura de Dios bajo la tentación del adversario— que puso en condiciones a Dios mismo de reasumir su actividad creadora. Pero había que pagar por este progreso; y no es Dios, sino el siervo de Dios, el sembrador humano, quien paga el precio. Finalmente, después de muchas vicisitudes, el sufriente triunfador sirve como precursor. El protagonista humano en el drama divino no sólo sirve a Dios capacitándole para renovar su creación, sino que también sirve a sus compañeros indicando el camino a seguir por los demás.

2. *El mito aplicado al problema*

El factor impredecible

A la luz de la mitología hemos obtenido algún conocimiento de la naturaleza de las incitaciones y las respuestas. Hemos llegado a ver que la creación es el resultado de un encuentro, que la génesis es un producto de la interacción. Volvamos a nuestra indagación inmediata: nuestra búsqueda del factor positivo que ha llevado a parte de la humanidad desde «la integración del uso» a la «diferenciación de la civilización» en los últimos seis mil años. Repasemos los orígenes de nuestras veintiuna civilizaciones con el fin de descubrir, por un examen empírico, si la concepción de la «incitación y respuesta» corresponde al factor que estamos buscando mejor que las

1. Huntington Ellsworth: *Civilization and Climate*, págs. 405-406. Hay edición española de la Revista de Occidente, Madrid, trad. de J. Perriaux.

2. Myres, J. L.: *Who were the Greeks?*, págs. 277-278.

hipótesis de la raza y el contorno, que hemos pesado ya en la balanza y encontrado deficientes.

En este nuevo examen seguiremos interesados por la raza y el contorno, pero los consideraremos a una nueva luz. No estaremos ya a la búsqueda de alguna causa simple de las génesis de las civilizaciones, de la que pueda demostrarse siempre y en todas partes que produce un efecto idéntico. No quedaremos ya sorprendidos si, en la producción de las civilizaciones, la misma raza, o el mismo contorno, parecen ser fructíferos en un caso y estériles en otro. En efecto, no asentaremos ya el postulado científico de la uniformidad de la naturaleza, que afirmamos era acertado en tanto que pensábamos nuestro problema en forma científica como función de un juego de fuerzas inanimadas. Estaremos ahora preparados para reconocer que, aunque conociéramos exactamente todos los datos raciales, contornales y de otro género que pueden formularse científicamente; no estaríamos en condiciones de predecir el resultado de la interacción de las fuerzas que estos datos representan, tal como un experto militar no puede predecir el resultado de una batalla o una campaña por el «conocimiento confidencial» de las disposiciones y recursos de los dos estados mayores enemigos, o un experto en «bridge» el resultado de un partido por un conocimiento similar de todas las cartas en cada mano.

En estas analogías, el «conocimiento confidencial» no es suficiente para capacitar a su poseedor para predecir los resultados con alguna exactitud o seguridad porque aquél no es lo mismo que un conocimiento completo. Hay una cosa que debe seguir siendo un factor desconocido para el espectador mejor informado porque está más allá del conocimiento de los combatientes o jugadores mismos; es el término más importante en la ecuación que el presunto calculador ha de resolver. El factor desconocido es la reacción de los actores a la prueba cuando realmente llegue ésta. Tales impulsos psicológicos, que son inherentemente imposibles de pesar y de medir, y por tanto de calcular científicamente de antemano, son las mismas fuerzas que realmente deciden el resultado cuando tiene lugar el encuentro. Y por esto los genios militares más grandes han admitido un elemento incalculable en sus éxitos. Si son religiosos, han atribuido sus victorias a Dios, como Cromwell; si son meramente supersticiosos, a la influencia de su «estrella», como Napoleón.

La génesis de la Civilización Egipcia

Cuando tratamos el contorno en el capítulo anterior supusimos, como supusieron de un modo natural los autores helénicos de la teoría del contorno, que éste constituye un factor estático; y, más particularmente, que dentro de los límites del tiempo «histórico» las condiciones físicas ofrecidas por la estepa asiática y el valle del Nilo han sido siempre las mismas que son hoy y que eran hace veinticuatro siglos cuando los griegos tejieron sus teorías en torno a ellas. Pero en realidad sabemos que esto no ha sido así.

«Mientras la Europa Septentrional estaba cubierta por el hielo hasta el Harz, y los Alpes y los Pirineos se hallaban coronados por glaciares, la alta presión ártica desvió hacia el S. las tempestades atlánticas. Los ciclones que hoy atraviesan la Europa Central pasaban entonces sobre la cuenca del Mediterráneo y el Sahara Septentrional y continuaban, sin ser secados por el Líbano, a través de la Mesopotamia y Arabia hasta Persia y la India. El seco Sahara disfrutaba de una lluvia regular, y más al E. las precipitaciones no sólo eran más abundantes que hoy, sino que se distribuían durante todo el año, en vez de estar limitadas al invierno...

»Podríamos esperar encontrar en el África Septentrional, en Arabia, Persia y el valle del Indo bosques y praderas, tal como se encuentran hoy al N. del Mediterráneo... Mientras que el mamut, el rinoceronte lanudo y el reno ramoneaban en Francia y la Inglaterra Meridional, el África Septentrional mantenía una fauna que se encuentra hoy sobre el Zambeze en Rhodesia...

»Las agradables praderas del África Septentrional y el Asia Meridional se hallaban tan densamente pobladas por el hombre como las estepas heladas de Europa, y es razonable sospechar que en este ambiente favorable y, a decir verdad, estimulante, el hombre haría mayores progresos que en el Norte rodeado de hielos.»¹

Pero después de terminar la «edad glacial» nuestra área afrasiática comenzó a experimentar un profundo cambio físico en el sentido de la desecación; y simultáneamente surgieron dos o más civilizaciones en un área que, igual que el resto del mundo habitado, había estado ocupada previamente por sociedades primitivas del orden paleolítico. Nuestros arqueólogos nos invitan a concebir la desecación de Afrasia como una incitación cuyas respuestas fueron las génesis de estas civilizaciones.

«Ahora nos hallamos en la víspera de la gran revolución, y pronto encontraremos hombres que son dueños de su propia provisión de alimentos mediante la posesión de animales domesticados y el cultivo de cereales. Parece inevitable relacionar esta revolución con la crisis producida por el deshielo de los glaciares del Norte y la consiguiente contracción de la alta presión ártica sobre Europa y la desviación de las lluvias atlánticas desde la zona del Mediterráneo Meridional hacia su curso presente a través de la Europa Central.

»Este suceso exigiría ciertamente el ingenio de los habitantes de la anterior zona de las praderas hasta el máximo...

»Enfrentadas en la gradual desecación siguiente al traslado hacia el N. del cinturón ciclónico del Atlántico cuando se contrajeron los glaciares europeos, quedaron abiertas tres soluciones a las poblaciones cazadoras afectadas. Podían moverse hacia el N. o hacia el S. con su botín, siguiendo el cinturón climático a que estaban acostumbradas; podían permanecer donde estaban viviendo una existencia miserable con la caza que pudiera resistir la sequía; o podían —aun sin dejar su tierra nativa— emanciparse de la dependencia de los caprichos de su contorno domesticando animales y dedicándose a la agricultura.»²

En tal oportunidad, aquellos que no cambiaron ni su *habitat* ni su modo de vida pagaron con la pena de extinción su fracaso en responder a la incitación de la sequía. Los que evitaron cambiar su *habitat* cambiando su modo de vida y transformándose de cazadores en pastores llegaron a ser los nó-

1. Childe, V. G.: *The Most Ancient East*, Cap. II.

2. Childe, V. G.: *op. cit.*, Cap. III.

105
1976

madas de la estepa afrasiática. Sus hechos y su destino ocuparán nuestra atención en otra parte de este libro. De aquellos que eligieron cambiar su *habitat* en vez de cambiar su modo de vida, las comunidades que evitaron la sequía siguiendo el cinturón ciclónico cuando se trasladó hacia el N., se expusieron, sin intención, a una nueva incitación —la incitación del frío estacional septentrional— que produjo una nueva respuesta creadora en los que no sucumbieron a ella; en tanto que las comunidades que evitaron la sequía retirándose hacia el S. hasta el cinturón monzónico cayeron bajo la influencia soporífera proveniente de la monotonía climática de los trópicos. Finalmente, hubo comunidades que respondieron a la incitación de la desecación cambiando su *habitat* y su modo de vida juntamente, y esta rara reacción doble constituyó el acto dinámico que creó las civilizaciones Egipcíaca y Sumérica partiendo de alguna de las sociedades primitivas de las evanescentes praderas afrasiáticas.

El cambio ocurrido en el modo de vida de estas comunidades creadoras fue la total transformación de los colectores de alimentos y cazadores en cultivadores. El cambio en su *habitat* fue pequeño en cuanto a distancia, pero grande si se mide por la diferencia de carácter entre las praderas que abandonaron y el nuevo contorno físico en que ahora establecieron su hogar. Cuando las praderas que dominan el valle del Nilo Inferior se convirtieron en el desierto de Libia y las praderas que dominan el valle inferior del Éufrates y el Tigris se convirtieron en el Rub al-Khali y el Dasht-i-Lut, estos *pioneers* heroicos —inspirados por la audacia o la desesperación— se sumergieron en las ciénagas selvosas de los fondos de los valles, nunca penetrados por el hombre, que su acto dinámico había de transformar en la Tierra de Egipto o la Tierra de Senaar. A sus vecinos que siguieron los cursos opuestos antes descritos, su aventura debió parecerles una empresa desesperada; pues en la época ya pasada en que el área que ahora comenzaba a convertirse en la estepa afrasiática había sido un paraíso terrenal, la ciénaga selvosa nilótica y mesopotámica había constituido un erial prohibitivo y aparentemente impenetrable. Tal como ocurrió, el intento logró un éxito superior a las más vehementes esperanzas que podían haber abrigado los *pioneers*. El desenfreno de la naturaleza fue dominado por los trabajos de los hombres; la informe ciénaga selvosa se convirtió en un ordenamiento de zanjás y diques y campos; las tierras de Egipto y Senaar fueron conquistadas de lo selvático, y las sociedades Egipcíaca y Sumérica comenzaron su gran aventura.

El valle del Nilo Inferior al que llegaron los *pioneers* no sólo era muy diferente al valle tal como lo vemos hoy, después que sesenta siglos de trabajo especializado han dejado sus huellas en él; era casi igualmente diferente de lo que sería hoy si el hombre hubiera dejado su remodelación a la naturaleza. Aun en tiempos relativamente tardíos como los de los reinos Antiguo y Medio —es decir, varios milenios después de la época de los *pioneers*— el hipopótamo, el cocodrilo y una diversidad de aves silvestres, animales todos de los que ninguno se encuentra ahora por debajo de la Primera Catarata, eran objetos comunes en el valle inferior, como lo demuestran los datos de las esculturas y pinturas que han sobrevivido de ese período. Lo

que es cierto de los animales, lo es también de la vegetación. Aunque la desecación había comenzado, Egipto tenía aún lluvias, y el delta era una marisma anegada. Es probable que el Nilo Inferior sobre el delta se pareciera en aquellos días a la comarca del Nilo Superior de Bahr-al-Jabal, en la provincia ecuatorial del Sudán, y que el delta mismo se asemejara a la región situada en torno al lago No, donde unen sus aguas el Bahr-al-Jabal y el Bahr-al-Ghazal. Los pasajes que siguen constituyen una descripción actual de esta triste comarca:

«El paisaje del Bahr-al-Jabal durante todo su curso por la región del Sudán es monótono en sumo grado. No hay bancos en absoluto, excepto en unos pocos parajes aislados, ni nada parecido a una loma al borde del agua. Pantanos con cañaverales se extienden por muchos kilómetros a uno y otro lado del río. Su expansión sólo es interrumpida a intervalos por charcas de agua poco profundas. Su superficie se halla sólo unos pocos centímetros sobre la del nivel del río en su punto más bajo, y una crecida de medio metro las inunda hasta una inmensa distancia. Estos pantanos están cubiertos por una densa vegetación de malezas acuáticas que se extienden en todas las direcciones del horizonte...

»Por toda esta región, y más especialmente entre Bor y el lago No, es sumamente raro ver signo alguno de vida humana... Toda la región tiene un aspecto de desolación más allá de toda descripción. Tiene que verse para comprenderse.»¹

Está inhabitada porque la gente que vive en sus cercanías no se halla enfrentada, aquí y ahora, como los padres de la Civilización Egipciaca lo estaban cuando se establecieron en los bordes del valle del Nilo Inferior hace seis mil años, con la dura elección entre sumergirse en el hosco «sudd» o aferrarse al *habitat* de sus ascendientes en proceso de transformarse, de un paraíso terrenal, en un desierto inhospitalario. Si nuestros sabios están acertados en sus conjeturas, los antepasados de esta gente que ahora vive en las márgenes del «sudd» sudanés, en lo que es ahora el desierto líbico, se encontraron cara a cara con los fundadores de la Civilización Egipciaca en la época en que ésta respondía a la incitación del desecamiento haciendo su elección trascendental. En aquella época parecería que los antepasados de los modernos Dinka y Shilluk se separaron de sus heroicos vecinos y siguieron la línea de mínima resistencia retirándose hacia el S., a una comarca donde pudieran continuar viviendo, sin cambiar su modo de vida, en un ambiente físico en parte idéntico a aquel a que estaban acostumbrados. Se asentaron en el Sudán Tropical, dentro del radio de las lluvias ecuatoriales, y allí continúan hasta hoy sus descendientes viviendo la misma vida que sus antepasados. En su nuevo hogar los indolentes e inambiciosos emigrantes encontraron lo que sus almas deseaban.

«En el Nilo Superior viven hoy gentes parecidas a los más antiguos egipcios en apariencia, estatura, proporciones craneanas, lenguaje y vestimenta. Están gobernados por magos "hacedores de lluvia" o por reyes divinos a quienes hasta hace muy poco se daba muerte ritualmente, y las tribus están organizadas en clanes totémicos...

1. Garstin, sir William: *Report upon the Basin of the Basin of the Upper Nile*, 1904, págs. 98-99.

Realmente parece como si entre estas tribus del Nilo Superior se hubiera detenido el desarrollo social en una etapa que los egipcios habían pasado antes de que comenzara su historia. Tenemos allí un museo vivo cuyas piezas complementan y vivifican los armarios prehistóricos de nuestras colecciones.»

El paralelismo entre estas condiciones primitivas en una parte de la cuenca del Nilo y las condiciones actuales en otra parte de él invita a ciertas especulaciones. Suponiendo que no se hubiera presentado nunca la incitación de la desecación a los habitantes de la cuenca del Nilo en aquellas partes que, en las presentes condiciones, están más allá del alcance de las lluvias ecuatoriales: ¿en ese caso habría sido dejado el delta y el valle inferior del Nilo en el estado original de naturaleza? ¿Habría surgido jamás la Civilización Egipciaca? ¿Se hallaría esta gente agazapada aún en las márgenes del valle del Nilo Inferior indomado, como los Shilluk y los Dinka se hallan aún en el borde del Bahr-al-Jabal? Y aún queda otra línea de especulación que afecta, no al pasado sino al futuro. Cabe recordar que en la escala temporal del universo, o de nuestro planeta, o de la vida, o hasta del *genus homo*, un período de seis mil años es un lapso menospresciable. Supongamos que otra incitación, tan formidable como la que se presentó a los habitantes del valle del Nilo Inferior ayer, al final de la época glacial, se presentara a los habitantes de la cuenca del Nilo Superior mañana: ¿hay alguna razón para creer que fueran incapaces de responder con algún acto igualmente dinámico, que pudiera tener asimismo efectos creadores?

No necesitamos exigir que esta incitación hipotética a los Shilluk y Dinka sea del mismo género que la presentada a los padres de la Civilización Egipciaca. Imaginémonos que la incitación procede, no del contorno físico sino del humano; no de un cambio de clima, sino de la intrusión de una civilización extranjera. ¿No se presenta actualmente, ante nuestra vista, esta misma incitación a los primitivos habitantes del África Tropical por el impacto de nuestra Civilización Occidental, un agente humano que, en nuestra generación, está desempeñando el papel mítico de Mefistófeles respecto a toda civilización viviente y respecto a toda sociedad primitiva existente en la faz de la Tierra? La incitación es aún tan reciente que no podemos prever la respuesta última que le dará cualquiera de las sociedades incitadas. Sólo podemos decir que el fracaso de los padres en responder a una incitación no condenaría a los hijos a fracasar frente a otra incitación cuando les llegue su hora.

La génesis de la Civilización Sumérica

Podemos tratar brevemente este problema, pues aquí tenemos una incitación idéntica a la que enfrentaron los padres de la Civilización Egipciaca y una respuesta del mismo género. La desecación de Afrasia impelió igualmente a los padres de la Civilización Sumérica a luchar con la ciénaga selvosa del valle inferior del Tigris y el Éufrates y a transformarla en la Tierra de Senaar. Los aspectos materiales de estas dos génesis casi coinciden. Las

1. Childe, V. G.: *The Most Ancient East*, págs. 10-11.

características espirituales de las dos civilizaciones resultantes, su religión, su arte y aun su vida social presentan muchas menos semejanzas; otra indicación de que, en el campo de nuestros estudios, no se puede juzgar *a priori* que causas idénticas produzcan efectos idénticos.

La prueba que sufrieron los padres de la Civilización Sumérica está conmemorada en una leyenda sumérica. La muerte del dragón Tiamat por el dios Marduk y la creación del mundo con sus restos mortales significa el subyugamiento de la naturaleza silvestre primigenia y la creación de la Tierra de Senaar por la canalización de las aguas y la desecación del terreno. La historia del diluvio registra la revuelta de la naturaleza contra las trabas que la audacia del hombre le había impuesto. En la versión bíblica —una herencia literaria de los judíos de su destierro junto a las aguas de Babilonia—, «el diluvio» ha llegado a ser una expresión familiar de nuestra Sociedad Occidental. Ha quedado reservado a los arqueólogos modernos descubrir la versión original de la leyenda y encontrar también pruebas directas de una inundación particular de severidad anormal sobre una gruesa capa de arcilla diluvial que se interpone entre los primeros y los últimos estratos depositados por la residencia humana en los asientos de ciertos focos históricos de la cultura sumérica.

La cuenca del Tigris y el Éufrates, como la cuenca del Nilo, presenta a nuestra observación un «museo» en el que podemos estudiar el aspecto normal de la naturaleza inanimada en el yermo transformado por el hombre, juntamente con la vida que llevaron en ella los primeros *pioneers* suméricos. En la Mesopotamia, sin embargo, este museo no se encuentra, como en el valle del Nilo, corriente arriba. Se halla al comienzo del golfo Pérsico en el nuevo delta que se ha formado por la confluencia de las corrientes hermanas en época posterior, no sólo a la génesis de la Civilización Sumérica, sino también a su extinción y a la de su sucesora babilónica. Estos pantanos, que parece se han formado durante los últimos dos o tres mil años, han permanecido en su estado virgen hasta hoy sólo porque no ha aparecido en escena ninguna sociedad con la voluntad de dominarlos. Los hombres de los pantanos que los frecuentan han aprendido a adaptarse a este ambiente de un modo pasivo, como lo indica su apodo de «palmípedos» que recibieron de los soldados británicos cuando los encontraron en la guerra de 1914-1918, pero no se han puesto nunca a la tarea que los padres de la Civilización Sumérica realizaron en una comarca semejante hace unos cinco a seis mil años, de transformar los pantanos en una red de canales y campos de cultivo.

La génesis de la Civilización Sínica

Si consideramos ahora la génesis de la Civilización Sínica en el valle inferior del río Amarillo, encontraremos una respuesta humana a una incitación de la naturaleza física que fue quizá más severa aún que la incitación de los Dos Ríos y del Nilo. En el yermo que el hombre en un tiempo transformó en la cuna de la Civilización Sínica, la prueba del pantano y los matorrales y las inundaciones fue coronada por la prueba de una temperatura que con las estaciones variaba de los mayores extremos del calor a los del

frío del invierno. Los padres de la Civilización Sínica no parecen haber diferido, en cuanto a la raza, de los pueblos que ocupaban la vasta región que se extiende desde el río Amarillo al Brahmaputra y desde la meseta tibetana al mar de la China. Si ciertos miembros de esta raza tan ampliamente difundida crearon una civilización, mientras que el resto permaneció culturalmente estéril, su explicación puede estar en que en esos miembros particulares, y sólo en ellos, se suscitó una facultad creadora porque se les presentó una incitación a la que no estuvo expuesto el resto. Es imposible determinar en el estado presente de nuestros conocimientos la naturaleza precisa de esa incitación. Lo que podemos decir con certeza es que los padres de la Civilización Sínica en su hogar del río Amarillo no disfrutaron de las ventajas imaginadas, pero engañosas, de un ambiente más fácil que sus vecinos. En efecto, ninguno de los pueblos afines situados más al S., en el valle del Yangtsé, por ejemplo, donde esta civilización *no* se originó, pueden haber tenido una lucha tan dura por la vida.

Las génesis de las Civilizaciones Maya y Andina

La incitación a la que la Civilización Maya constituyó una respuesta fue la exuberancia de la selva tropical.

«La cultura maya fue hecha posible por la conquista agrícola de las ricas tierras bajas, donde la exuberancia de la naturaleza sólo puede ser atajada por el esfuerzo organizado. En las tierras altas, la preparación del suelo es relativamente fácil, debido a la escasez de vegetación natural y al control por la irrigación. En las tierras bajas, en cambio, se han de cortar grandes árboles y someter a los matorrales de rápido crecimiento con una energía infatigable. Pero cuando se doma debidamente a la naturaleza, devuelve multiplicada su recompensa al labrador intrépido. Además, hay razón para creer que la remoción de la capa forestal en grandes extensiones afecta favorablemente a las condiciones de vida que, bajo un dosel de hojas, son realmente duras.»¹

Esta incitación, que dio nacimiento a la Civilización Maya al norte del istmo de Panamá, no encontró respuesta al otro lado del istmo. Las civilizaciones que surgieron en Sudamérica respondían a dos incitaciones muy diferentes: la de la meseta andina y la de la costa del Pacífico adyacente. En la meseta, los padres de la Civilización Andina fueron incitados por un clima duro y un suelo adverso; en la costa, fueron incitados por el calor y la sequía de un desierto casi sin lluvias, al nivel del mar, que sólo se pudo hacer florecer, como la rosa, por el trabajo del hombre. Los *pioneers* de la civilización en la costa produjeron los oasis del desierto canalizando las escasas aguas que descendían de la escarpa occidental de la meseta y dando vida a la llanura mediante la irrigación. Los *pioneers* de la meseta transformaron sus laderas montañosas en campos trabajando su escaso suelo en terrazas por un ubicuo sistema de muros contenedores laboriosamente construidos.

1. Spinden, H. J.: *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, pág. 65.

La génesis de la Civilización Minoica

Hemos ya explicado en forma de respuestas a incitaciones del ambiente físico las génesis de cinco de nuestras seis civilizaciones sin parentesco. La sexta constituyó la respuesta a una incitación física que no hemos encontrado aún en este examen, la incitación del mar.

¿De dónde vinieron estos *pioneers* de la «Talasocracia de Minos»? ¿De Europa, Asia o África? Una mirada al mapa sugeriría que habían venido de Europa o Asia, pues las islas están mucho más cerca de estos continentes que del norte de África —son en realidad picos de cadenas de montañas sumergidas, que, a no ser por un colapso en los tiempos prehistóricos y la afluencia de las aguas, correrían de un modo continuo de Anatolia a Grecia—. Pero nos vemos frente al testimonio desconcertante, pero indubitable, de los arqueólogos, de que los restos más antiguos de habitación humana se encuentran en Creta, una isla relativamente distante tanto de Grecia como de Anatolia, aunque está más próxima de ambas que de África. Los etnólogos apoyan la sugestión que insinúan los arqueólogos; pues parece haber quedado establecido que entre los primeros habitantes conocidos del continente que está frente al Egeo existían ciertas diferencias de tipo físico claramente marcadas. Los más antiguos habitantes conocidos de Anatolia y Grecia eran «cabezas redondas»; los más antiguos habitantes conocidos de las praderas afasiáticas eran «cabezas largas»; y un análisis de las más antiguas reliquias del hombre físico en Creta parece indicar que esta isla fue primero ocupada total o principalmente por «cabezas largas», mientras que los «cabezas redondas», aunque eventualmente llegaron a predominar, no estaban al principio representados en la población de Creta en absoluto o sólo en una pequeña minoría. Estos datos etnológicos llevan a la conclusión de que los primeros seres humanos que pusieron pie en alguna parte del archipiélago Egeo eran inmigrantes procedentes de la desecación de las praderas afasiáticas.

Hemos de añadir, pues, una sexta a las cinco respuestas a esta desecación que ya hemos notado. A los que permanecieron donde estaban y perecieron; a los que permanecieron donde estaban y se convirtieron en nómadas; a los que se fueron al S. y conservaron su antiguo modo de vida, como los Dinka y los Shilluk; a los que se fueron al N. y llegaron a ser los agricultores neolíticos del continente europeo; a los que resurgieron en la ciénaga selvosa y crearon las civilizaciones Egipcia y Sumérica, tenemos que añadir aquellos que, yendo hacia el N. y tropezando, no con los pasos relativamente fáciles ofrecidos por los istmos aún sobrevivientes o los estrechos existentes, sino con el intimidante vacío del Mediterráneo abierto, aceptaron esta última incitación, cruzaron el ancho mar y crearon la Civilización Minoica.

Si este análisis es correcto, ofrece un nuevo ejemplo de la verdad de que, en las génesis de las civilizaciones, el intercambio de incitación y respuesta es el factor que predomina sobre todos los demás, en este caso sobre la proximidad. Si la proximidad hubiera constituido el factor determinante en la ocupación del Archipiélago, los habitantes de los continentes más próximos, Europa y Asia, habrían sido los primeros ocupantes de las islas del

Egeo Muchas de las islas están «a una pedrada» de estos continentes, en tanto que Creta se halla a cientos de millas del punto más próximo de África. Sin embargo, las islas más cercanas a Europa y Asia, que aparentemente no fueron ocupadas hasta una fecha mucho más posterior que Creta, parecen haber sido ocupadas a la vez por los «cabezas redondas» y los «cabezas largas»; lo que sugiere que, después de que los afrasiáticos hubieran puesto los fundamentos de la Civilización Minoica, entraron otros en sus labores, sea por mera imitación de los *pioneers*, sea porque alguna presión incitadora que no podemos identificar de un modo preciso los obligó a ellos, a su vez, a dar la misma respuesta que los ocupantes afrasiáticos originales de Creta habían dado ya bajo condiciones aún más formidables.

Las génesis de las Civilizaciones Filiales

Cuando pasamos de las civilizaciones «sin parentesco» que surgieron del estado Yin de sociedad primitiva a aquellas civilizaciones posteriores que tuvieron «parentesco» en diversos modos y grados con predecesoras «civilizadas», es evidente que en este caso, aunque pueda haber habido algún grado de incitación física para estimularlas también, la incitación principal y esencial fue una incitación humana que surgió del parentesco con la sociedad de que eran filiales. Esta incitación se halla implícita en la relación misma, que comienza con una diferenciación y culmina en una secesión. La diferenciación tiene lugar dentro del cuerpo de la civilización antecedente, cuando ésta comienza a perder el poder creador mediante el cual, en su período de crecimiento, hubo inspirado otrora una adhesión voluntaria en los corazones de las gentes que están bajo su superficie o más allá de sus límites. Cuando esto ocurre, la civilización achacosa paga la pena de su desfalleciente vitalidad, quedando desintegrada en una minoría dominante, que gobierna con una creciente opresión pero que no dirige ya, y un proletariado (interno y externo) que responde a esta incitación adquiriendo conciencia de que posee un alma propia y resolviendo salvarla. La voluntad de represión de la minoría dominante despierta en el proletariado una voluntad de secesión; y estas dos voluntades continuarán en conflicto mientras la civilización declinante se acerca a su caída, hasta que, cuando se halla *in articulo mortis*, el proletariado se libera al fin de lo que fue una vez su hogar espiritual, pero que ahora se ha convertido en una prisión y por último en una Ciudad de Destrucción. En este conflicto entre un proletariado y una minoría dominante, cuando se realiza desde el comienzo hasta el fin, podemos percibir uno de aquellos dramáticos encuentros espirituales que renuevan la obra de creación sacando la vida del universo del estancamiento del otoño, a través de los dolores del invierno, hasta llegar al fermento de la primavera. La secesión del proletariado es el acto dinámico, en respuesta a la incitación, mediante el cual se produce el cambio de Yin a Yang; y en esta separación dinámica nace la civilización «filial».

¿Podemos percibir también una incitación física en las génesis de nuestras civilizaciones filiales? Vimos en nuestro segundo capítulo que las civilizaciones filiales se relacionaban en grados diversos con sus predecesores

en cuanto a su localización geográfica. En un extremo de la escala, la Civilización Babilónica se desarrolló completamente dentro de la tierra nativa de su antecedente Sociedad Sumérica. Aquí difícilmente puede haber entrado una incitación física en la génesis de la nueva civilización, excepto que durante el interregno entre las dos civilizaciones en cuna común puede haber recaído, en alguna extensión, en su primitivo estado de naturaleza, y en esta medida haber incitado a los padres de la civilización posterior a repetir los actos iniciales de sus predecesores.

Cuando, sin embargo, la civilización «filial» ha roturado nuevo terreno y establecido su hogar parcial o totalmente fuera del área de la civilización antecedente, habrá habido allí una incitación del nuevo y no dominado ambiente físico. Así, nuestra Civilización Occidental estuvo expuesta en su génesis a una incitación de los bosques y las lluvias y las heladas de la Europa Transalpina que no había experimentado la antecedente Civilización Helénica. La Civilización Índica estuvo expuesta en su génesis a una incitación de los bosques tropicales húmedos del valle del Ganges que no había sufrido su predecesora, la provincia o contraparte exterior de la Civilización Sumérica en el valle del Indo.¹ La Civilización Hitita estuvo expuesta en su génesis a una incitación de la meseta anatolia que no había experimentado la antecedente Civilización Sumérica. La incitación a que estuvo expuesta la Civilización Helénica en su génesis —la incitación del mar— fue precisamente la misma que había encontrado la antecedente Civilización Minoica. Esta incitación, sin embargo, era enteramente nueva para el proletariado externo de allende la frontera terrestre europea de la «Talasocracia de Minos»; y estos bárbaros continentales, los aqueos y afines, cuando se dirigieron al mar en la *völkerwanderung* posminoica enfrentaron una prueba tan dura, y triunfaron de ella, como la que los *pioneers* de la Civilización Minoica enfrentaron y vencieron en su día.

En América, la Civilización Yucateca estuvo expuesta en su génesis a la incitación de la capa arcillosa sin agua, sin árboles y casi sin suelo de la península del Yucatán, y la Civilización Mejicana a la incitación de la meseta de México, incitaciones ambas que no había encontrado la antecedente Civilización Maya.

Quedan las civilizaciones Hindú, la del Lejano Oriente, la Cristiana Ortodoxa y la Árabe. Éstas no parecen haberse hallado expuestas a ninguna incitación física; pues sus tierras nativas, aunque no eran, como la de la Civilización Babilónica, idénticas a los hogares de sus civilizaciones antecedentes, habían sido ya sojuzgadas por estas o por otras civilizaciones. Tenemos, sin embargo, razones para subdividir las civilizaciones Cristiana Ortodoxa y del Lejano Oriente. El vástago de la Civilización Cristiana Ortodoxa en Rusia estuvo expuesto a una incitación de los bosques y lluvias y

1. Hemos omitido la discusión de Toynbee, expuesta antes en el libro, de la cuestión de si esta cultura del valle del Indo fue una civilización separada o una provincia de la Sumérica. El autor deja este punto indeterminado, pero en el capítulo II trata la «cultura del valle del Indo» como parte de la Sociedad Sumérica. (Nota del autor del Compendio.)

heladas aún más rigurosa que las que había sufrido nuestra Civilización Occidental; y el vástago de la Civilización del Lejano Oriente en Corea y Japón estuvo expuesto a una incitación del mar completamente diferente de cualquiera incitación que hubieran experimentado los *pioneers* de la Civilización Sílica.

Hemos demostrado ahora que nuestras civilizaciones «filiales», aunque necesariamente expuestas en todos los casos a una incitación humana inherente a la desintegración de las civilizaciones antecedentes de las que surgieron, se hallaron también expuestas en algunos casos, aunque no en otros, a una incitación del contorno físico, parecida a las incitaciones encontradas por las civilizaciones «sin parentesco». Para completar este estadio de nuestra investigación, debemos preguntarnos si las civilizaciones «sin parentesco», además de sus incitaciones físicas, se hallaron expuestas a incitaciones humanas procedentes de su diferenciación de las sociedades primitivas. En este punto sólo podemos decir que nos faltan enteramente, como se podía esperar, pruebas históricas. Puede ocurrir muy bien que nuestras seis civilizaciones «sin parentesco» encontraran, en aquel pasado «prehistórico» en que se halla oculta su génesis, incitaciones humanas comparables en tipo a las incitaciones presentadas a las sociedades «filiales» por la tiranía de las minorías dominantes de sus predecesoras. Pero extenderse sobre este punto sería especular en el vacío.